

Despacho, en Barcelona, del poeta catalán Joan Maragall



el Diario de Barcelona, donde colaboro. Lo recibirá usted por este mismo correo; he dicho al público no lo que el libro merece porque no tengo competencia para ello, pero sí cuanto he podido para llamar la atención del público sobre una obra que creo única en su género en España, cuya lectura ha de resultar agradable y provechosa para todo el mundo, y que merece inaugurar una literatura nueva entre nosotros. Para mí tiene la mejor cualidad —y la más rara— que puede tener un libro: el ser vivo».

En el artículo del diario, analiza «El alma castellana»: *«La evocación del alma castellana es poderosa y certera. El libro se lee con avidez... Está escrito en un estilo conciso y palpitante que es hasta raro en la moderna literatura castellana... El señor Martínez Ruiz es un gran nigromante, y, en general, un nigromante despreocupado; es decir, que no se propone hacer valer ni más ni menos que lo que ve, y ve algo de la realidad fundamental de las cosas».*

Pero es con ocasión del «Diario de un enfermo», de Azorín, cuando Maragall perfila ya más nítidamente sus ideas críticas en torno al nuevo grupo de escritores y abstrae de sus obras primerizas inconfundibles líneas de identidad generacional. En torno a esta obra, Maragall expresa importantísimos juicios que suponen una luminosa previsión en carta a Azorín, fechada en su casa, en el barrio barcelonés de San Gervasio, el día 22 de enero de 1901 —antes del artículo publicado el siguiente día 28 de febrero, bajo el título esclarecedor de «La joven escuela castellana».

«Su «Diario de un enfermo» —escribe Maragall— me ha sobrecogido por la fuerza plástica de la expresi-

ón, por la dureza de claro-oscuro, que tanto corresponde a mi reciente visión de la luz castellana. También encontré eso, aunque con temperamento especial, en las «Vidas sombrías», y más recientemente en «La casa de Aizgorri», de Baroja. En algo menos fuerte que he ido viendo suelto por aquí y por allá de otros autores para mí desconocidos me ha parecido ver la misma tendencia; y todo ello, cobijado por «El alma castellana» de usted, empieza a hacerme sospechar si ustedes, los de la nueva generación, han vuelto a encontrar, a fuerza de seriedad y sinceridad, el espíritu inmanente del arte castellano en un nuevo sentido de su lenguaje, el sentido de la sobriedad, cosas una y otra inconocidas o desconocidas —a mi modo de ver— por los escritores castellanos de muchísimo tiempo —exceptando tal vez a Pérez Galdós—, que a fuerza de hacer juegos malabares con la riqueza más superficial de la lengua castellana acabaron por perder su sentido íntimo e hicieron traición en su arte al alma castellana, austera y poderosa por su misma austeridad. Separaron el arte de la vida, que es como hacer flores de papel y frutos de cera; pero lo de ustedes es vivo. Como usted vé, todo esto lo tengo un poco confuso y al aire; necesito ver más y meditar más. ¿No tiene nada publicado Maeztu, que en el breve momento que pude hablarle me interesó mucho? Tal vez en el grupo de ustedes habrá algún otro que tenga verdadera significación y que yo ignore en absoluto. No me lo dejen ignorar. Acabo esta carta a la hora en que acostumbraban ustedes a reunirse en la acera de la Carrera de San Jerónimo, donde tan cordialmente me recibieron y que estoy viendo en este momento; les saludo con efusión y a

---

**Pero es con ocasión del «Diario de un enfermo», de Azorín, cuando Maragall perfila ya más nítidamente sus ideas críticas en torno al nuevo grupo de escritores y abstrae de sus obras primerizas inconfundibles líneas de identidad generacional**